286

SIETE ROMANCES,

EN QUE SE DA CUENTA DEL MODO COMO SE HIZO LA JUSTICIA EN

DON RODRIGO CALDERON,

MARQUES DE SIETE IGLESIAS Y CONDE DE LA OLIVA.

Compuestos por el Doctor Juan Gonzalez, Vezino de Toledo.

LA barba hasta la cintura,
rubio el cabello, y muy largo,
pálido, y mudado el rostro,
de ayunos el cuerpo flaco;
y una gruesa disciplina
en sus delicadas manos,
cubierta de roxa sangre,
que de su cuerpo ha sacado.
Estaba el de siete Iglesias
delante de un Christo orando,
que la Oracion es consuelo
de un triste, y atribulado.
Don Rodrigo Calderon,
que un tiempo se intitulaba
el Marqués de siete Iglesias,
y Capitán de la Guarda.
Tambien Conde de la Oliva,
persona de quien colgaba

el

el gobierno de los mundos
puestos en su confianza.
Fué preso por varias culpas
que en su proceso se tratan,
adonde tuvo por carcel
dentro de Madrid su casa.
Duró cerca de tres años
la prision que fué tan larga
porque fueron las materias
de gravedad, è importancia.
Al fin condenado à muerte
que pase por ella mandan,
de que suplicó ante el Rey,
y à su piedad soberana.
Dos Jueces mas se le dieron
personas doctas, y santas
y de cuya exemplar vida
dirá el tiempo cosas raras.
Vieron otra vez su culpa,
y despues de ventilada,
la sentencia se confirma,
y en ella que muera mandan.
El Secretario à quien toca
haber de notificarla,
haze que dos Religiosos
para disponerle vayan.
Quiere que estos le amonesten,
y le dispongan el alma,
para que el golpe reciba
de una pena tan amarga.
Los Religiosos que son
de aquella Orden Descalza
de la gran Madre Teresa
por mil atributos santa.
Perdone el Secretario dixo,
à Vueseñoría que vengo
à leerle la sentencia,
y me pesa el disgustaros.
Leedla amigo, le dice,
que yo os perdono de grado,
que ha de perdonar quien quiere
ser de Dios perdonado.
Y levantandose en pié,
con el sombrero en la mano,
el Secretario confuso
la sentencia ha relatado.
Yo Felipe Rey de España,
y de aqueste nombre quarto,
mando cumplan lo siguiente
los de mi Corte, y Palacio.
A Rodrigo Calderon,
es mi voluntad, y mando,
que un millón me restituya,
con duscientos mil ducados,
y lo pague de su hacienda,
de lo bueno, y mas parado.
Tambien mando, que le quiten,
del pecho un roxo lagarto,
que no ha de cubrir la Cruz
de un mal pecho los engaños.
Y mando que en una mula
de su casa sea sacado,
ensillada, y enfrenada,
como reo, y justiciado.
Con Pregoneros delante,
que vayan manifestando,
diciendo con altas voces
de su vida el mal estado.
Llegado que sea al suplicio,
de un funesto cadahalso,
sea en manos de un Verdugo
en publico degollado.
Para que de exemplo sirva,
asi al bueno, como al malo,
dandole justo castigo,
esto ordeno, quiero, y mando.
De oír la triste sentencia
quedó el Marqués desmayado,
con lagrimas de sus ojos
el duro suelo ha regado.

SE-

SEGUNDO ROMANCE.

APriesa devana, y coge
la Parca embidiosa, y fiera,
el hilo del triste fin
del Marqués de siete Iglesias.
Del arco, y flechas se arma,
responde de esta manera:
Dicen que maté à la Reyna,
falsedad es por mi honor,
otras culpas me condenan,
que la de la Reyna no;
antes en la otra vida
muchas se quexan à Dios.
Un Page que à media noche
medio vivo enterré yo,
que me dá grandes ahullidos
por donde quiera que voy.
Donde quiera que estoy solo,
oygo me dice una voz:
Señor, porque me matastes,
pues no tuve la culpa yo?
Y à un Alguacil de Corte,
y à la muger de un Oídor,
y à un Gentil-hombre del Duque,
que es de Lerma, mi Señor,
y al Principe de Saboya,
que en Valladolid murió,
y al Cardenal de Toledo,
y al otro Predicador;
sin otras treinta y tres muertes,
que he hecho, y consentido yo.
Estas muertes yo confieso,
mas la de la Reyna no,
que pecados que no ha hecho,
no confiesa un pecador:
de la Reyna mi Señora
nada sé, à fé de quien soy.

TERCERO ROMANCE.

OTorgóle el Rey la suplica,
responde, y dá por respuesta,
que le nombren Jueces nuevos,
que vean si es justa, y recta,
que no quiere dél sin culpa
lleguen al Cielo las quexas.
Visto, y revisto el Proceso,
vieron que en justa conciencia
merecia cruel muerte,
segun las leyes lo ordenan.
Va el Secretario al Marqués,
dicele la triste nueva;
alli demostró el Marqués,
gran humildad, y paciencia.
Vueltos sus ojos dos rios,
responde desta manera:
No miran que soy Marqués,
ni Señor de siete Iglesias,
gran Capitan de la Guarda,
Conde de Oliva, y su tierra,
y Comendador de Ocaña,
y Regidor de Plasencia:
Mas fuí del Rey Secretario,
à quien Dios en gloria tenga,
y fuí de Valladolid
Alguacil Mayor: yo era
Conde de Villalonga,
que me dió el Duque de Lerma,
con otros muchos ditados,
con mas de dos mil grandezas.
Mas ser de un Rey Secretario,
es el que España gobierna,
entre todas las que tuve,
esta es mayor excelencia:
Son trescientos mil ducados
los que tenia de renta.
Por escalones de vidrio
he subido à la alta esfera,
pero al fin como eran flacos,

he

he venido à dar en tierra.
A Don Alvaro de Luna
representa hoy mi tragedia,
que él fué Page, y yo lo fuí,
mirad que dicha la nuestra.
O quien fuera Pastorcillo,
que guardára sus ovejas!
que pudiera ser que alli
tuviera menos sobervia.
Y à los veinte de Octubre
del presente que cuentan,
comulgaron al Marqués,
que llaman de siete Iglesias.
Recibió à su Dios virtiendo
copia de lagrimas tiernas;
y dicen que dixo humilde
con grande amor, y terneza.
Misericordia, Señor,
de aquel triste, y afligido,
que pues Vos nos redemisteis,
sed Vos amparo, y abrigo.
Hoy venís à mi posada
Señor con ser tan pequeña,
y mañana espero yo
que os he de ver en la vuestra.
En vuestra piedad lo fio,
porque siendo tan inmensa
sabreis perdonar mis culpas,
y darme la gloria eterna.
Asi dixo, y luego abre
la boca para que pueda
entrar el pan de la gloria,
que à los Angeles sustenta.
Pasó aquel dia con Padres
alli de Ordenes diversas,
que le consuelan, y animan,
que le alientan, y le esfuerzan.
Mas él los dexa admirados,
porque quanto hablar intenta,
es maravilla, es tesoro
del Cielo que en él se muestra.

QUARTO ROMANCE.

EN un aposento à solas,
mandó llamar Don Rodrigo
de siete Iglesias Marqués,
à su Muger, y à sus Hijos.
Hechos sus ojos dos fuentes,
ù dos caudalosos rios;
desde que los tuvo delante,
de esta manera les dixo:
Hoy Marquesa Doña Inés
quedais Viuda, y sin Marido,
vosotros Hijos sin Padre,
yo sin Muger, y sin Hijos.
Amparadlos por ser vuestros,
y adoradles por ser mios:
ya os dexo à mi viejo Padre
por vuestro amparo, y abrigo,
que el Rey me quita la vida,
segun yo tengo entendido.
De Capitan de la Guarda
mandó que dexe el Oficio,
preguntéle al Rey la causa,
y él me respondió benigno.
Importa que obedezcais,
haced Marqués lo que os digo.
Pusome yo en mi carroza
solo, triste, y pensativo,
y encontróme el de Pastraña,
que me dixo al oído,
en los casos de fortuna
se muestra el valor, y el brio,
que mata un Rey enojado,
mas que un fiero basilisco.
Y estando preso en Montacho,
harto triste, y pensativo,
escuché en gran soledad
à uno que cantando dixo:
mandaos prender el Rey,
mas temo que no os han dicho,
que matasteis à la Reyna;
ay

ay Dios que grave delito!
Tristes dexastes los Reynos,
tambien al Tercer Felipe,
casi despidiera el alma,
sino fuera por sus Hijos.
Vos dixisteis no lo hicisteis,
mas vuestros propios amigos
lo que hicisteis, y no hicisteis,
sacan en Palacio à gritos.
Perdonad à mi instrumento,
porque tan claro os lo ha dicho,
mirad que reyna un Rey Quarto,
mirad Marqués que os aviso.
Esto contó à la Marquesa
el buen Marqués Don Rodrigo.
No me repliqueis Marquesa,
que me acorzaréis los hilos
de mi desdichada vida,
pues mal empleada ha sido.
Id Marquesa à vuestro quarto,
consolaos con vuestros Hijos,
y en señal de paz les dió
un osculo en su carrillo,
diciendo: A Dios mi señora,
à Dios, à Dios Hijos mios.
Ida que fué la Marquesa,
dixo delante de un Christo:
Alto Dios, y Señor mio,
ò alto Dios, y Señor nuestro,
yo soy la oveja perdída,
que he dado al despeñadero.

QUINTO ROMANCE.

QUedando ya triste y solo
Don Rodrigo Calderon,
al Page que está de guardia
de esta manera le habló:
Bien sabrás amigo mio,
triste, y pensativo estoy,
desde aquel dia en que oí
en Montacho aquel cantor,
que dixo que maté à la Reyna,
ay Dios que grande traícion!
pagaré yo con la vida,
pero no la debo yo.
Para quitarle la Cruz,
el Comendador Mayor,
al Marqués de siete Iglesias
de esta manera le habló:
Perdona Vueseñoría,
que manda el Rey mi Señor,
que le quite esta Encomienda,
pename à fé de quien soy.
Y viendo el de siete Iglesias
resuelto al Comendador,
la Cruz que traía al pecho
de presto se la quitó,
que los Nobles Caballeros
han de mostrar el valor.
Y al Habito que vestia
de esta manera le habló:
Perdonad Habito santo,
que no he merecido yo,
que se adornára mi pecho
con vuestro sagrado honor.
Mientras aqui habeis estado,
Cruz pareciste en rincon,
y porque todos me pisen,
os me mandan quitar hoy.
Mas perdonadme Cruz Santa,
si es que os hice traícion,
y entre tantos enemigos,
que haré yo, mi Cruz sin Vos?
Estando en estas razones,
una triste voz oyó,
à la puerta de la sala,
que llaman con un cordón,
dos Frayles de San Francisco,
de la Orden que es Menor.
Dixoles: Deo gracias Padres,
y el Habito les besó,
dixo-

dixoles, que se sentasen,
respondieron: Gran Señor,
ya no es hora de sentarnos,
vuestra vida se acabó;
y venimos à exortarle,
que ponga firme su amor
en Christo Rey Soberano,
que à todos nos redimió;
que las diez ya son del dia,
y en este punto las dió,
y à onze (segun dicen)
ya habreis dado cuenta à Dios.
Sacó un Christo de la manga,
y dióselo à Calderon,
y tomandole en sus manos,
de esta manera le habló:
Vos sois el Rey de los Reyes,
Vos el Supremo Señor,
que los Reyes de este mundo
de polvo, y ceniza son.
Esto dixo Don Rodrigo,
y à los Padres se volvió,
las mercedes de los Reyes,
dineros prestados son,
que los piden à su tiempo
con sobervia execucion.
Calderó inutil he sido
que ya no soy Calderon;
que me importó ser Marqués
de siete Iglesias, pues hoy
ninguna dellas me vale,
aun para hacer oracion.
Que no me pena el morir
ya, pues condenado estoy;
à Felipe Quarto temo,
que me ha de hacer quartos hoy,
mas los quartos son de cobre,
yo me llamo Calderon;
y muchos contrarios tengo,
solo à la defensa estoy.
Duelo me hace la Marquesa,
que queda Viuda, y sin honor,
tambien me duelen mis Hijos,
que quedan sin Padre hoy,
y los llevo atravesados
en medio del corazon,
porque los dexo sin Padre,
sin hacienda, y sin honor.
Mucho me duele mi Padre,
que quando el Rey me prendió,
con lagrimas de sus ojos
mi triste rostro bañó,
y me dixo: Hijo mio,
con vuestra alma vaya Dios,
que si al Rey servisteis bien,
él os dará el galardón;
mas si le servisteis mal,
no alcanzareis mi bendicion,
que perdeis Hijos, y hacienda,
Muger, y reputacion.

SEXTO ROMANCE.

A Veinte y uno de Octubre,
à las diez, poco mas, ò menos
sacan al triste Marqués
todo de luto cubierto.
El que en tan ricos caballos
en aquella casa mesma
diversas veces subia
para salir à las fiestas.
Salió con barba tan larga,
que à la cintura le llega,
y con tan largo cabello
que parece una malena.
Como él naturalmente
tenia buena presencia,
è iva tan venerable,
en todos lastima engendre.
No vá en jaeces bordados,
ni en caballo, como es cierto,
sino ensillada una mula,
co-

como justiciado, y reo.
No acompañado de Pages,
ni menos de Alabarderos,
sino de Padres devotos,
que le adiestran para el Cielo.
No campanillas de plata
lleva en el bozal, y el freno,
si Christos, y campanillas,
con que se entierran los reos,
Sesenta, y mas Alguaciles
van en su acompañamiento,
todos en fuertes caballos,
con otros tantos Porteros.
Los Pregoneros delante,
pregonan, y van diciendo:
Este es la justicia, dicen,
esto es del Rey mandamiento,
que manda hacer à este hombre:
Ay tragedia! Ay caso horrendo!
Y las Damas Cortesanas
muestran grande sentimiento,
unas dicen: Dios te ayude
Rodrigo de sacro asiento;
otras viendo su humildad,
dicen: Dios te lleve al Cielo.
Las calles acostumbradas
no anduvo, porque le llevan
desde su casa à la plaza,
donde la muerte le espera.
Alli estaba un cadahalso
alto, y hecho de madera,
y para que alli se asiente
de madera una silleta.
Con cinco Padres devotos,
de la Orden del Carmelo,
y desviando el capuz,
sacado ha un papel del pecho,
dandole de sus propias manos
al Confesor de sus yerros,
y le dixo: Padre mio,
lo que le suplico, y ruego,
que en estando yo sin vida,
que me desengañe al Pueblo,
que la muerte de la Reyna,
cierto que yo no la debo.
El modo como murió
otro Romance me espera
muerte digna de alabanza
por ser tan santa, y perfeta.

SEPTIMO ROMANCE.

DIcen varios Religiosos
de diferentes Conventos,
que jamás morir à nadie
con mayor perfeccion vieron.
Escuchad sabreis el caso,
aunque como el tiempo llegó
de dár el ultimo golpe,
justamente me enternesco.
Asi como entró en la Plaza,
y del cadahalso al puesto,
se apeó, sin que ninguno
le ayudase para ello.
Subió la escalera toda
con grande valor, y esfuerzo,
y entrando en el cadahalso
besó tres veces al suelo.
Luego se reconcilió
con un Padre Recoleto,
del Orden Carmelitano
planta del Monte Carmelo.
Tendido de largo à largo
echado todo de pechos
recibe la absolucion
à tanto favor atento.
Al fin él se pone en pié,
y despues de haverse asi puesto,
dos veces besó al Verdugo,
que le amenaza sangriento.
La venda para vendarle
los ojos, se la dió el mesmo,
en

en que metida la mano
dicen que la truxo al cuello.
Y asentandose en la silla
el Verdugo carnicero
le ata los pies, y las manos,
y venda los ojos luego.
Atad amigo, le dice,
las manos que sueltas fueron,
à manchar mi propia sangre:
manchad vos con ella el suelo,
y teniendo yá los ojos
cubiertos de un velo negro
al Crucifixo le dixo,
en voz baxa, estos requiebros:
Alto Dios, y Señor mio,
ò alto Dios, y Señor nuestro,
yo soy la oveja perdída,
que por el despeñadero
de los deleytes del mundo
me despeñé; mas confieso,
que soys Dios de Cielo, y tierra,
Uno Trino, y Dios Eterno,
y en vuestras manos Señor,
mi espiritu os encomiendo.
Llevad, Señor, à esta alma
con los Santos en el Cielo,
perdonadme Jesus mio.
Jesus, Jesus, Jesus bueno,
y en oyendo esto el Verdugo
tiñó en sangre el fuerte azero.
El le ofrece la garganta
que fué su animo inmenso,
y murió dexando el mundo
admirado, y satisfecho.
Todos tienen esperanza
de que goza del eterno
premio de los escogidos,
que es premio verdadero.
Que estaba predestinado
por este camino creo,
y que Dios llevarle quiso
à su celestial consuelo.
A la noche lo enterraron
sin aparato funesto,
como à un ajusticiado
de los humildes del pueblo.
En los Padres Carmelitas
Descalzos le dán entierro,
à donde está acompañado
de muchos gloriosos cuerpos.
Tengale Dios en su gloria
que de su piedad lo espero,
y à nosotros nos dé gracia
para que al fin le gozemos.

FIN.